



Signos, dioses y muertos: una dinámica de lo sagrado

José Luis Cardero López

*¿Cómo saber producir fórmulas sabiendo que se bordean los abismos?*¹

Los viejos signos como manifestaciones de un acontecer.

A nuestro alrededor, fijados desde tiempo inmemorial, existen signos representativos de acontecimientos que se manifiestan de manera reiterativa y constante en la mayoría de las culturas, pero cuya importancia parece perderse en un mar de interpretaciones, elucubraciones y opiniones más o menos fundamentadas por el estudio y la observación rigurosa. Según afirma Joseph Campbell: *Todavía es incierto por qué medios y en que edades las pautas mitológicas y culturales de las diferentes civilizaciones arcaicas pueden haberse diseminado hasta los más alejados rincones de la Tierra. Sin embargo, puede afirmarse categóricamente que muy pocas de las llamadas “culturas primitivas” estudiadas por los antropólogos representan formaciones autóctonas*².

Esta es una de las grandes cuestiones planteadas por la cultura que, desde una perspectiva general, desciende hasta la singularidad de los casos concretos: desde el acontecer considerado como hecho en el que, muchas veces, los seres humanos no hemos tenido parte, hasta las circunstancias representativas y descriptivas del cuándo, cómo y porqué, es decir, de las particularidades propias del desarrollarse de lo externo a nosotros. Los grandes signos –Signos mayores³– aparecen como reflejo o tal vez como respuesta, a las preguntas formuladas cuando los distintos avatares se presentan ante el objetivo crítico de nuestra conciencia. El mundo ha nacido sin el concurso de los seres humanos y se extinguirá también sin su ayuda ni su presencia, señalaba Claude Lévi-Strauss⁴. Pero los signos se despiertan en la conciencia muy pronto y permanecen no solo a lo largo de la vida de cada uno de los individuos pasados y presentes, sino sobre todo y de una manera muy especial, durante la constitución, el desarrollo y el progreso de los grupos sociales. No únicamente los grandes signos, desde luego; también los pequeños, mínimos y en apariencia insignificantes del convivir diario. Pero los grandes signos, que se nutren, al parecer, de las cosas y alientos menores que nos rodean por todas partes,

¹ Georges Didi-Huberman, *La imagen superviviente*. Abada Editores, Madrid, 2009. P. 126.

² Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. Fondo de Cultura Económica, México 2006. p.p. 132- 133, nota 65.

³ Señalamos como «Grandes signos» o “Signos mayores” aquellos que, por su antigüedad, constancia, y contenido, permanecen junto a las manifestaciones humanas desde los primeros tiempos de expresión simbólica en cualquiera de sus formas: Entre otros, las familias de signos cruciformes (entre los que se encuentra la esvástica), los signos del culto solar (esferas, con o sin rayos), las curvilíneas y líneas espiraliformes o los diversos signos astronómicos. Signos mucho más recientes en el espacio-tiempo –como, por ejemplo, la hoz y el martillo– también parecen compartir en buena parte ese poder significativo mayor con los anteriormente citados. Por ello convendremos en que hay factores, además de la simple cronología, que pueden influir en un signo o familia de signos para atribuirles el carácter o condición de Signos mayores al que nos referimos.

⁴ Claude Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*. Plon, Paris, 1993. P. 478.

resplandecen como estrellas en el firmamento simbólico-cognitivo de la humanidad en su conjunto y ostentan la capacidad de manifestar o de insinuar algún tipo de sensación o pensamiento a todos y cada uno de sus individuos, bien sea por separado, de forma aislada, o asociados en conjuntos que pueden ser de tamaño e importancia muy diferentes, ostentando por ello propósitos y objetivos diversos.

Ninguna explicación concreta prevalece mediante el concurso de los grandes signos, porque su función no es la de agrupar unidades de significado, sino la de establecer, mantener y, llegado el caso, activar, las redes de asociaciones que, junto a los modelos cognitivos, forman el entramado de la conciencia del ser. Ante la presencia de estos signos, se desencadena todo un acontecer complejo de actividad mental, socialmente implicada y coordinada, que casi siempre puede potenciarse –y en determinadas circunstancias, ser reconducida hacia fines singulares- mediante fenómenos de masa como los descritos por Elías Canetti, en lo que respecta a sus propiedades esenciales, es decir, su tendencia o impulso a crecer continuamente, la igualdad absoluta que reina en su seno, su densidad mantenida y la dirección común para todos sus integrantes, que ha de tomar cuando se desplaza⁵.

También resultará ser muy importante la relación de los grandes signos con aquellas entidades que Canetti califica como *las masas invisibles* y particularmente con el llamado *ejército de los muertos*, el cual figura como protagonista en las representaciones gráficas y entre las construcciones simbólicas más antiguas de la humanidad. Es verdad que no existe ni horda, ni tribu ni población humana alguna, que no exprese, de una manera o de otra, una profunda preocupación por sus muertos y que ellos, en su conjunto, revisten para los seres humanos una inmensa significación, ejerciendo sobre los vivos una interacción esencial⁶. Signos como la esvástica ha jugado en su momento un papel igualmente esencial en la marcación y regulación de dichas interacciones, según veremos más adelante.

Pero sobre todo, los grandes signos mantienen una relación muy especial con los dioses que han protagonizado –siempre según la tradición- un papel tan importante en el surgimiento de la propia humanidad, sobre todo cuando se trató, en ese primer momento del tiempo mítico, de llevar a cabo la gran separación entre el cielo o el universo y la tierra. Posteriormente a esa primera separación, se produjo la segregación de otros universos, como el ultramundo, la tierra de los muertos o el mundo de los dioses. Establecido así el ordenamiento cósmico, comenzaron a producirse en ese inmenso ámbito recién constituido los fenómenos iniciales de aparición y circulación de los distintos fluidos y de los astros que pronto pasaron a ocuparlo. La consagración del orden cósmico fue por tanto uno de los primeros resultados obtenidos cuando se llevó a cabo el sometimiento de las grandes y poderosas fuerzas primordiales asimiladas al Caos y contrapuestas siempre desde entonces a las estructuras coordinadas y eficaces del Cosmos.

La gran batalla primordial así relatada, constituye un eje mitopoyético fundamental en todas las culturas conocidas del pasado y del presente. Todas esas antiguas tradiciones del enfrentamiento entre el Bien y el Mal, tan familiares para los estudiosos, y que se insertan en múltiples estructuras mitológicas posteriores, traducen y trasladan los ecos de aquella primitiva epopeya que relata el nacimiento de la Tierra a partir del Caos inicial. Pero junto a esta gran categoría de mitos aparecen otras no menos sugerentes, como son, por ejemplo, aquellas que dejan manifestar y que alumbran los testimonios y relatos establecidos sobre otra gran transformación: la experimentada por las divinidades creadoras y ordenadoras, cambiándose primero en divinidades ociosas y convirtiéndose más tarde en auténticos fugitivos: los dioses huidos.

⁵ Elías Canetti, *Masse et puissance*. Gallimard, Paris, 1986. p. 25 y s.

⁶ *Ibid.* p. 41.

Como aparece bien establecido que la organización de los dioses –una de las primeras muestras de lo religioso institucionalizado- conserva en sí misma aspectos importantes y llamativos de lo sagrado y de lo numinoso de lo cual procede, lo mismo que ocurre con la práctica totalidad de las religiones, que no pueden desprenderse de esos aspectos más misteriosos y oscuros sin renunciar a su propia esencia, habremos de ver en ese proceso antes esbozado –dioses creadores y organizadores del Cosmos / dioses ociosos / dioses huidos- uno de los principales rasgos de lo sagrado, cuando, al experimentar un contacto directo con las instituciones culturales de los grupos humanos, van a trasladar una gran parte de su energía numinosa hacia ese ámbito, presentándose así como estructural y estructurado algo cuya naturaleza misma se inclina siempre hacia lo contrario.

De semejante paradoja va a surgir la mayor parte del impulso simbolizante característico de los seres humanos, albergados en sus instituciones culturales y protegidos por ellas de los abismos exteriores al Ser. Cualquiera de los grandes signos de los que hablaremos en las páginas siguientes, surge de los esfuerzos que lo caótico ha de realizar para amoldarse a las instituciones humanas. La necesidad de integrarse en una estructura coherente de explicación del cosmos, obliga por tanto a diseñar sistemas mentales colectivos de procesamiento de una tal necesidad de cambio, aunque la dinámica interna de esas herramientas de procesado de la realidad exterior no haya necesariamente de conocerse por quienes han de utilizarla ni tampoco de ser compartida directamente por ellos. Por lo que, frecuentemente, el conocimiento de dicha realidad termina por sumergirse en el gran pantano de los símbolos y por desaparecer bajo la forma de ciertas señales cotidianas, sustitutivas, cuya presencia despierta en parte aquellas sensaciones primeras a las que, en su momento, pasaron a representar, aunque sin necesidad de llevar a cabo el reconocimiento de la totalidad del sistema significante al que pertenecen.

Nos hallamos aquí en la confluencia de, al menos, dos grandes corrientes de significados, acerca de cuyo poder pueden dar testimonio muchos de los comportamientos personales y colectivos de nuestro tiempo y de épocas pasadas: por una parte, el desarrollo de una conciencia relativa al existir de un cosmos nacido desde la separación violenta y forzada de sus partes constituyentes, las cuales adquieren sus características contrarias –incluso contradictorias y antagónicas- debido al acontecer mismo de aquella separación. Esto suele ir acompañado por toda una parafernalia de constitución y establecimiento de poderes que se consideran ajenos y exteriores a los propios seres pensantes –es decir, a los humanos- dotándoles de una personalidad proyectada y calificada posteriormente como autónoma.

Por otra parte, nos encontramos con el traslado simbólico y cognitivo de aquella realidad segregadora hacia los eventos del existir cotidiano. Mediante dicho traslado la separación de partes se modifica categorialmente y pasa a ser considerada como un fluir, aun cuando conserve su cualidad fragmentadora. El acontecimiento primero de separación, que tal vez refleje de alguna manera las consecuencias de la intrusión o de la penetración del universo cultural humano llevadas a cabo sobre el “caótico” entorno de la naturaleza, adquiere el aspecto de un camino tendido entre dos mundos, camino que es necesario recorrer en su integridad. Entonces, el pasar de un mundo a otro se impone como prueba mítica, realizada en el tiempo primero por los dioses o por sus enviados y dependientes, los héroes.

La simbología del cambio pautado entre mundos determina e impone ese carácter derivado de lo sagrado. Los signos mayores que acompañan dicho traslado e informan seguramente acerca del éxito o del fracaso obtenidos en la prueba –otra cuestión es considerar que nosotros, en nuestros días, sepamos descifrar correctamente ese mensaje- confirman la categoría que es necesario atribuir al proceso. Así, una divinidad con los brazos extendidos que acoge hacia sí a ciertos animales, y que aparece rodeada por esvásticas, espirales o líneas onduladas, puede

querer advertirnos de que allí se está señalando el acontecer de un traslado entre dos mundos o de que en ese entorno existe –o ha existido tiempo atrás- una puerta abierta entre dos universos; lo mismo que, de forma más abstracta si se quiere, lo harán también en ese sentido o en otro parecido, las líneas onduladas y serpentiformes inscritas sobre un megalito bretón o las imágenes de una urna vilanoviana destinada a recibir en su seno las cenizas de un difunto.

Cuando se alcanzan estos niveles en el lenguaje simbólico-cognitivo, seguramente nos encontraremos ya muy próximos a franquear un nuevo umbral, que en este caso no conduce –al menos directamente- hacia el otro mundo, sino hacia la conciencia y el conocimiento de los dioses, criaturas nacidas de los recovecos conscientes e inconscientes que se manifiestan en la mente humana y que portan en sí mismos residuos hiperconcentrados de nuestras propias contradicciones y de sus productos derivados. Para que pudiéramos desenvolvemos con una cierta soltura por estos ámbitos necesitaríamos dominar razonablemente la técnica de los llamados “sistemas meta”: meta-realidades, meta-lenguajes, meta-significados... Y en ese empeño se vienen utilizando desde hace milenios los Grandes Signos. Así, un signo del grupo de los cruciformes –como la esvástica- o un signo astronómico como el creciente lunar, son capaces de originar el desencadenarse de todo un proceso semiótico en el que encuentran cabida muchos fragmentos de la realidad pasada y presente, fragmentos coordinados o no en sistemas antiguos o en nuevos sistemas que nacen, los cuales, en principio, no solo pueden llegar a ser contradictorios y antagónicos, sino también servir para justificar discursos que, al menos en apariencia, pueden resultar tan inconciliables entre sí como complejos de entender en su articulación: por ejemplo, en el caso de la esvástica, el depósito sobre ese signo del espíritu condensado del mal, por causa de su utilización como emblema del NSDAP o partido nazi, contrapuesto al carácter benéfico y de buen augurio con que ese mismo signo es contemplado todavía hoy en determinadas culturas, o lo fue antiguamente como tal desde las épocas más remotas.

Tal vez resulte paradójico –y ello seguramente formará parte de la naturaleza del mismo proceso abierto por el discurso semiótico que inaugura el viaje de cada símbolo en cuestión- pero seguramente comprenderemos tanto mejor el propósito de todo ello –no el significado, sino, repito, el propósito, el “comparecer” del proceso que acontece- cuando mas lejos queden de nosotros los esfuerzos y las obligaciones de “hallar necesariamente una explicación” al propio curso del acontecer. En este mismo sentido camina uno de los discursos de Heidegger cuando señala cómo se pone al descubierto –en aquello que él denomina “la mundaneidad del mundo”- la estructura del *como* del *comparecer por sí mismo* de lo ente, es decir, cuando, en el curso de un fluir que se desarrolla, se procede a poner al descubierto la *estructura de ser* de eso ente⁷.

Así, el sistema-meta de que se trate, por ejemplo, el metalenguaje, induce cisuras en el acontecer del “proceso que acontece”. Y lo mismo puede conseguir la aparición, la revelación o el propio comparecer, si se quiere, de aquellos a los que denominamos Signos Mayores. Esas cisuras inducidas en el acontecer pueden colmarse, llegado el caso, de significados bien distintos, aun cuando el desencadenar –o comparecer por sí mismo- que provocan, vaya a tener un origen de campo muy estrecho, casi tanto, podríamos decir, como la aproximación que, entre los diversos desarrollos de un determinado signo, hubiera podido manifestarse en un principio, en ese tiempo primero, mítico, del que nos hablan las distintas tradiciones.

Precisamente en ese primer tiempo de las tradiciones es en el que empieza a ocurrir también el proceso que culminará más tarde con la huida de los dioses.

⁷ Martin Heidegger, *Prolegómenos para una historia del concepto de tiempo*. Alianza Editorial. Madrid, 2007. P. 213. (los énfasis en cursiva son míos, J.L.C.)

Culturalmente, ese fenómeno del abandono del mundo por parte de las entidades divinas instaura el periodo de dominio de los sacerdotes y especialistas de lo religioso institucionalizado, los cuales hablan –desde el entorno “sagrado” de los santuarios vacíos- en nombre de los dioses ausentes, instaurando a su vez una familia de nuevos signos que recuerden la presencia de la deidad, pese a su ausencia negada.

Esos nuevos signos conservan en una buena parte el poder significante de los antiguos: cruces, esferas, soles radiantes, líneas serpentiformes... Y muchas veces aparecen disimulados entre el brillo barroco de las vestiduras rituales de los celebrantes o distribuidos como al azar por las paredes de los templos. Pero desnudan su silueta milenaria tan pronto se cierran los ojos a las sutilezas del discurso con el cual se intenta justificar el vacío. El simple “comparecer” pone entonces de relieve, inevitablemente, la “estructura”. Y, en estos casos, pero no solo en ellos, las complicaciones rituales intentan disimular esa transformación y restarle importancia cuando ya resulta imposible negarla, mediante luces y sonerías fantasmáticas que confluyen, igual que un torrente, en el espectáculo ofrecido.

En los grandes signos, en los Signos Mayores, se resume, de alguna manera, todo el proceso de incidencia de los sistemas-meta sobre el acontecer del mundo. Es de suponer, sin embargo, que ciertas características como la estructura bipolar de muchos acontecimientos, que obliga casi siempre a éstos a manifestarse paradójicamente y a mostrar –o a expresar- un carácter ambiguo, liminal y fronterizo mantenido entre universos no siempre concordantes, no vienen inducidas por la presencia ni tampoco por la actuación “en-sí” de los metalenguajes, sino que son propiedades estructurales del propio acontecer, y que se ponen de relieve con la actuación de aquellos signos. Eso explicaría en parte –las explicaciones nunca son completas por razón de su misma naturaleza “explicativa”- el interés que dichos signos antiguos continúan despertando en nuestros tiempos. Para mostrar semejante constancia, basta con observar a ojo limpio los conjuntos ornamentales dispuestos sobre todo tipo de sustratos y objetos de uso común. Los círculos, lunares y solares, las grecas y esvástiformes –cuando no esvásticas puras y duras- de todo tipo y disposición, continúan siendo, por su abundancia, una referencia obligada en cualquier descripción de dichos sustratos⁸. Su proliferación llega a colmar, en numerosos casos, tal nivel significativo, que invalida por sí misma, por su propio acontecer, cualquier hipótesis totalizadora al uso que pudiera argumentarse, invocando “necesidades ornamentales” o de alguna pretendida “herencia simbólica”. Tales razones simbolizan y representan, a su vez, con una evidencia descarnada, el inquietante vacío de los templos de los que han huido los dioses, pues bien podría decirse que, en cualquier caso, no existen necesidades inocentes ni mucho menos herencias desinteresadas. Todas y cada una de ellas –necesidades y herencias- y cada uno de los componentes de sus respectivos sistemas semánticos, junto con todo el juego integrado por las inclinaciones y los impulsos dirigidos a negar y a velar aquello que no conviene o que molesta, traducen, cuando menos, contenidos inconscientes que sería necesario traer a cuenta en el balance de los hechos.

A no ser que dicha “necesidad ornamental” o la heredad invocada de los ancestros remotos, fueran, además de todo lo anteriormente dicho, piezas intencionadamente articuladas en el conjunto de ese nuevo vehículo sobre el que ahora se traslada el acontecer, en los días y noches que corren, tan furiosamente, frente a nosotros.

⁸ Almacenamos en nuestro archivo varios miles de fotografías, dibujos y diseños variados que lo confirman.

La supervivencia de lo oscuro.

El correr de los signos permite que afloren, por tanto, contenidos quizá hasta ahora insospechados, o deliberadamente desvanecidos, de ese acontecer al que, por convenio o quizá por comodidad, llamamos “lo real del mundo”. Es preciso, en ese supuesto, permanecer al tanto de ello. Pero ¿cómo observar lo aparentemente detenido, en el seno de un fluir?

Los dioses, es decir, los contenidos más interiores procedentes de nosotros mismos que existen en esas imágenes institucionalizadas de lo sagrado, jamás nos permitirían tales libertades generadoras de observaciones comprometidas, ya que justamente su propio acontecer, pretendidamente separado y establecido en un plano superior al nuestro, actúa siempre para nosotros como un sustitutivo, como un atenuador de aquello que es peligrosamente real en el mundo y que, de alguna manera, representa a eso inquietante de lo que hablan Burckhardt y Nietzsche: *Pathos, Konflikt, Affekt*. Criaturas de las zonas negras de donde surgen, como sombras en la noche, miedos, angustias y malestares. Los productos más genuinos – pero también los más negados y no reconocidos, cabe decir- de esos “continentes oscuros” de la civilización⁹.

Pero los dioses han huido. Y ahora, quizá por primera vez en mucho tiempo, quizá por primera vez desde el principio, permanecemos solos frente a nosotros mismos. Solos, tal vez por un mínimo instante, por una insignificante fracción del devenir, antes de convertirnos en demiurgos, antes de completar la transformación que nos aguarda y antes de que se cumpla el extraño destino que desde el comienzo nos acompaña, con sus laberintos y trampas preparadas para recibirnos. En ese camino que hemos de recorrer, aparecen, también entre las sombras, los Signos mayores y nos acompañan con sus repentinos destellos de sentido. Cruciformes, estrellas, círculos radiantes, mudas cabezas salidas de la roca, esbozadas en la madera, en el hueso o en el duro cuerno, estilizadas espirales que cubren con sus curvas, repetidas una y otra vez, ásperas superficies de una gran losa megalítica o los contornos de un moderno edificio de nuestros días, líneas que parten en ángulos rectos y se enfrentan o solapan haciendo revivir imágenes ancestrales, en los bordes, panzas y pies de copas cerámicas griegas, mayas, chinas o ibéricas. Extrañas criaturas nacidas de un delirio de sombras, de pretendidas certezas, de medias verdades, de razones ocultas y escondidas en el piélago de movimientos sobre los cuales apenas nos quedan más noticias que estos *disjecta membra* surgidos de nuestra conciencia universal, o impulsados desde aquello que, seguramente, temerosamente, continúa existiendo bajo ella.

¿Existen, tal vez, posibilidades de supervivencia amparadas por el extraño universo de las formas? Imaginemos un gigantesco espectáculo grabado a fuego en el cielo, durante años, quizá durante siglos. Alguna catástrofe cósmica cuyos testimonios llegaron hasta las puertas de nuestro pequeño mundo, penetraron en él y fueron tomados como mensajes enviados por los dioses creadores, aquellas fantasmáticas entidades nacidas de una necesidad medio revelada, balbuceada apenas, extraída de la conciencia del ser y del permanecer al borde del abismo oscuro, o expulsada, tal vez, desde las convulsiones de algún acontecer ignorado y ajeno. ¿Cómo se depositaría todo ello en las mentes de unas criaturas apenas despegadas del suelo, implicadas en una búsqueda permanente, envueltas en los pliegues de una inquietud no satisfecha? Y lo que resulta todavía más inquietante ¿Cómo se enviaría ese legado oscuro hasta las generaciones siguientes, nacidas tanto tiempo después? ¿Qué resultaría de ello?

⁹ Georges Didi-Huberman, *La imagen superviviente*. Editorial Abada, 2009, p. 135-136

Las preguntas sobre la supervivencia –y también sobre la persistencia- de las formas, sobre el acontecer de los signos, resultan fundamentadas, a lo que parece, sobre las mismas estructuras del ser en el mundo. Nada que nos preguntemos en relación con lo primero podrá evitar una contestación nacida de lo segundo, expulsada a veces con temor y cólera de sus porciones más ocultas y negadas. El ser en el mundo se apoya sobre lo oscuro. Lo oscuro del mundo y lo oscuro del ser entrelazan sus tentáculos hasta lograr una verdadera absorción de las formas, un ser-con-el-ser que ya son el mismo, que se confunden e integran sin dejar de ser cada uno para sí. Contradicción, paradoja y ambigüedad que presidirán el desplegarse y actuar de todos sus hijos y derivados, conocidos y desconocidos, confesados y reconocidos, o despreciados y arrojados de nuevo al abismo.

En la línea del acontecer, en ese frente de ocurrencias que se desploma hacia nosotros, los grandes signos se hacen notar, a veces, como escollos en medio de la corriente. No es raro que muchas teorías acerca del ser se estrellen contra ellos y naufraguen bajo su sombría presencia y también bajo la inquietante e imperturbable sonrisa de los dioses que moran en la zona interior. La extraña sonrisa del turbio y vegetal Dioniso, tanto como la lobuna mueca del divino y solar Apolo, presiden los antiquísimos ritos caníbales de la diosa-madre, llámese Cibeles, Deméter o Hécate. Muy pronto enseñan esas deidades el uso del cuchillo sacrificial y el engrasado de los altares. Cuando aparecen los dioses, apenas desprendidos de su condición oscura, apenas despegados de lo numinoso primordial que anida en esa zona sombría e interior, bien pronto empieza a correr la sangre –la de los sacrificados y, en no pocas ocasiones, también la de los sacrificadores- y comienza entonces el paradójico reino de las prohibiciones, mandamientos y normas de lo religioso institucionalizado.

Todo ello será presidido siempre por los Signos mayores: círculos solares, cruciformes, esvásticas y serpentiformes, laberintos en cuyas avenidas se encierran los nombres secretos de criaturas inmisericordes, mantenidas fuera y bien lejos de las minuciosas construcciones morales con las que suele blindarse la cultura. Pero también paletas y hachas, discos y rostros mudos, apenas esbozados, huellas de pisadas venidas del otro mundo, rasgos misteriosos que pueden cerrar y abrir, con su sola presencia, las puertas inscritas en la piedra desde hace miles de años.

El origen de la tragedia en el arte mismo. ¿Puede que la realidad no sea sino el dolor y que la representación haya nacido de ahí? Se pregunta Nietzsche, el Maestro fiel¹⁰. Un dolor originario es percibido por él como la oscura causa, o cosa última, de la representación, que es algo siempre vinculado con el miedo. No sólo el miedo a lo desconocido, a la mueca de lo numinoso que siempre anida por detrás de todos estos signos y esquemas, sino, particularmente, a la explicación misma, lograda y redonda, plena y luminosa, reconfortante y eficaz.

*Hacer que algo desconocido se haga conocido conforta, asegura, satisface y procura, además, un sentimiento de poder. Con lo desconocido aparecen el peligro, la inquietud, la preocupación; el primer movimiento instintivo tiende a eliminar esas penosas disposiciones*¹¹.

Nuestras tradiciones se encuentran colmadas de complejos míticos que aparecen asentados sobre este esquema bifronte en el que destacan el dolor y el miedo. Estructuras de modelos comportamentales han sido dispuestas, paralelamente

¹⁰ NIETZSCHE, F. 1869-1872. *Fragments posthumes (automne 1869-printemps 1872). Oeuvres philosophiques complètes*, I-1, ed. G. Colli y M. Montinari, Paris, Gallimard, 1977. Recogido en G. Didi-Huberman, *La imagen superviviente*. p.130.

¹¹ Friedrich Nietzsche, *Crepuscule des idoles, ou comment philosopher à coups de marteau. Oeuvres philosophiques complètes*. VIII-1. ed. G. Colli y M. Montinari, Paris, Gallimard, 1974, p. 92-93. Tomado de G. Didi-Huberman, *La imagen superviviente*. p. 149-150.

a tal hecho y como consecuencia de él, destinadas no tanto a paliar o a impedir el sufrimiento –físico, moral o ambos, según los casos- sino más bien a canalizarlo. No para suprimirlo y conseguir una improbable existencia sin dolor, sino para potenciar y extender una vivencia anestesiada. Los signos mayores alcanzan aquí, en este objetivo no confesado de nuestras sociedades pasadas y presentes, tal vez también de las futuras, un desempeño bien acorde con su naturaleza de elementos formadores de metalenguajes: expresar todo aquello que resulta formalmente excluido, aunque también será al mismo tiempo, cabalmente aceptado. Los Signos se mostrarán ante nosotros, valga la imagen, como el gran e incansable molino capaz de transformarlo todo: la belleza espiritual, los impulsos sublimadores y el horror sin medida.

No se conceden treguas en el juego que hemos diseñado, porque las treguas solo contribuyen a incrementar el ruido de fondo y a distraer a los individuos del auténtico empeño en el que deben participar. Así, el arte es un perfecto testimonio de ello; también lo es la historia, con su capacidad de repetición, de volver atrás una y otra vez, sin rebasar los límites impuestos por la cordura pactada. Pero en las obras mayores de los artistas y en algunas instantáneas captadas por los historiadores y otros científicos sociales, es posible contemplar ese rostro sombrío que asoma, por ejemplo, en las tragedias griegas. Es el aspecto de eso que permanece después de que todo lo demás se haya ido, arrastrado por la corriente del acontecer. También se muestra en aquello otro que hemos de aguardar forzosamente, una vez invocada la Presencia y cuando ésta vaya a manifestarse, a la espera de que se aproxime a nosotros.

La mayoría de estos sentimientos, aislados y analizados por estudiosos y filósofos como Friedrich Nietzsche, Jacob Burckhardt o Aby Warburg, entre otros de nuestro tiempo y de todas las épocas, rinden cuenta no solo de ciertos aspectos ignorados, incluso desdeñados, de la historia, sino además de esa capacidad tozuda y minuciosa mantenida por los seres humanos, pese a los disturbios que casi siempre les sobrevienen, para llegar a comprender el mundo. Los signos pueden proclamar, por tanto, el dolor. Pero también son mensajeros de lo increíble y de lo inesperado. Testigos de un afán, señaleros de caminos y de puertas, guardianes y vigilantes de las pruebas a que el viajero espacio-temporal ha de someterse. No estamos frente a una superficie homogénea y firme que nos resguarda o nos sostiene cuando golpeamos el duro suelo de esa realidad oculta. Pero la doblez y ambigüedad que presentan al examen no va contra nosotros, sino tan solo contra nuestras falsas imágenes, contra las ideas demasiado rotundas y expresadas con demasiada fe, acerca de lo que, verdaderamente, somos.

Con todo ello, y si el impulso que revienta y se manifiesta dentro ha sido correctamente interpretado y seguido, tal vez nos encontremos ya muy cerca de lograr un entendimiento coherente del acontecer y del observar, con cierto detalle y recreo, algunos de los pormenores que nos ofrecen a la vista sus diferentes presentaciones. Los signos, los dioses y también, como no, los muertos –hitos y claves cada uno de ellos de los cultos más viejos y de las preocupaciones peor sobrellevadas de lo humano- desgarran los velos y muestran su desnudez, a veces muy poco piadosa, junto a los vínculos que, desde siempre, los han articulado mediante ocultas estructuras. Pese a tales revelaciones, entendemos que algunas ruedas de fuego han de continuar cayendo de las montañas como astros inflamados en cólera, que ciertas cruces han de presidir los sueños de sus adeptos y también que la sangre debe empapar, con su fluir rotundo, las piedras de numerosos altares vacíos.

Estas piezas, sueltas sólo en apariencia, conforman el acontecer de aquello oscuro que permanece, regresa y gobierna intereses en el mundo. La dinámica del retorno es la que parece imponerse al cabo de casi todas nuestras averiguaciones sobre la constancia de los Signos mayores y asimismo sobre las emociones que su contemplación, su aparición, en ocasiones inesperadas, surgiendo con la tenacidad de

lo verdaderamente fundamentado por entre los rasgos de otras obras a las que nunca juzgaríamos contaminadas con su influencia, provoca en nosotros, con independencia de cualesquiera coordenadas de apoyo –espacio, tiempo, discurso, propósito- que pudieran invocarse para resistir su asalto.

Los Signos mayores, con su afluencia en solución de continuidad, pueden ayudarnos a cambiar nuestros horizontes de referencia sobre el mundo. Si el acontecer ha de permitir la existencia de cisuras sobre su curso, entonces la línea del espacio- tiempo debe presentar un aspecto quebrado, una actitud de caída, en cuyos nodos sea posible la fructificación de significados, singulares cada uno de ellos. Como afirma Nietzsche, no hay en verdad línea de tiempo (de espacio-tiempo, añadimos), sino tan solo una “lluvia de puntos” que actúan a distancia¹². En esa coyuntura, uno de los elementos sobre los que se apoya dicha “acción a distancia” es, precisamente, el conjunto de los Signos mayores, los cuales se revelan ante nosotros aparentemente con mil caras y facetas entre las que creemos poder escoger. En tales confluencias de significados, coordinadas por la fuerza expresiva de los signos, se unen varios aspectos de la realidad: lo *real*, como “punto del espacio”¹³, que aparece, desaparece y reaparece de nuevo frente a los observadores, por mas que estos no reparen demasiado en el espectáculo ofrecido, ocupados como están con el espinoso problema que plantea la huida de los dioses, que, en razón de ello mismo, por causa de esa circunstancia tan inoportuna –o tan afortunada, según se mire- ya no proporcionarán respuesta alguna frente al brillo compulsivo suministrado por los espejuelos de ese conglomerado simbólico-cognitivo al que llamamos mundo.

Quedan así las cosas: inquietudes venidas del territorio oscuro, caleidoscopios y brillos llamando desde las sombras, signos que permanecen, se ocultan y resurgen como fantasmas. Es, desde luego, el *entrelazamiento de los tiempos* nietzscheano, pero también la oportunidad de sorprender a nuestro viejo maestro interior, burlando, aunque sólo fuera por una vez, sus asechanzas, gozando con la posibilidad de anticiparnos a ellas. Si los signos actúan en la distancia, mostrando sus posibilidades abiertas desde alguna cisura del acontecer, dominemos entonces al signo, cabalgemos sobre él, renunciemos a contar y clasificar en la oscuridad, esquivando al mismo tiempo las negras rocas que se oponen a la marcha liberada del espíritu, mientras bordeamos los abismos.

¹² Friedrich Nietzsche. *Fragmentos*, 1872-1874. P. 318. Ver en Georges Didi-Huberman, o.cit. p. 125.

¹³ Georges Didi-Huberman, o. cit. p. 126.